

BERLIN

De vuelta de Berlín, y del frío, de la nieve y de la lluvia, para encontrarme con un hermoso día de sol y con la noticia de la muerte de Delibes (la madrugada del día 12). Vengo de una ciudad de amplios espacios, donde aún permanecen las huellas de lo que



En Berlín todavía quedan restos que nos recuerdan el pasado bolchevique de la zona oriental.

fueron dos en una pero separadas y diferentes, la libre y la oprimida; con una torre de televisión (368 metros de altura) que te persigue, brotando de la plaza Alexander (ellos creo que le dicen el Alex), lugar de una fealdad sin tacha para mi gusto y que se corresponde con el centro mismo del antiguo Berlín Este. Algunos aseguran que los propios de la zona le llaman a la susodicha torre “el telespárrago” y, otros, la “venganza del Papa”, porque cuando sale el sol surge el destello de una cruz en su esfera superior, si bien eso no sucede con frecuencia, a decir verdad esa parte permanece oculta muy a menudo por una espesa niebla. Cerca está el agradable barrio de San Nicolás, que pretende respirar atmósfera antigua, medieval, y que, aunque sea de mentira, tiene algo de verdad, con acogedores bares y mesones donde puedes comer por poco dinero, en el Zur Gerichtslaube por ejemplo. Desde allí, se puede y se debería ir caminando a la



Fragmento del friso de los arqueros reales en el museo de Pérgamo.

Puerta de Brandeburgo, en el centro actual, que, situada en su día en tierra de nadie, se izaba como la verdadera señal de la división entre el Este y el Oeste. Después, de

regreso hacía la famosa torre, pasando al lado de los restos que todavía quedan del muro y, un poco más adelante, de la fachada de lo que creo es el edificio principal de la Universidad Humboldt, te vas a encontrar con todo lo que merece la pena de verdad, con lo más importante de esta ciudad, la Isla de los Museos, donde están los edificios más representativos. Dicen que fuera y dentro de la Isla, hay un museo para cada día del año, y será cierto, porque los alemanes parece ser que son muy serios en lo que dicen. Solo me quedó tiempo para ver uno, el mejor, el de Pérgamo, y de nuevo me quedé con lo que mi memoria todavía no había olvidado, con la fuerza de lo real, con las obras que llegaron primero y no con los edificios que construyeron después. Allí sigue el impresionante Altar de Zeus, las puertas de Istar de Babilonia, y tantas obras más, y tantos pedruscos más, incluso una estatua del dios griego de la medicina, Asclepiades, que no sé muy bien si quiere decir algo que le hayan suprimido la cabeza, al que, por supuesto, fotografié. También entré, previo pago (los protestantes no perdonan), en la muy cercana, pesada y falsa, ya que nunca alojó un obispo católico,



Estatua de Asclepiades, el dios griego de la medicina, en el museo de Pérgamo.

catedral de Berlín, un templo de la Iglesia Evangélica. Alberga en su cripta una deprimente colección de tumbas de los Hohenzollern, la primera del año 1499, alguna de las cuales sostiene y exhiben una dorada (no sé si pesada, no creo) corona colocada en la cabecera de su parte superior, que te induce irremisiblemente a pensar que en este mundo no se salva nadie, tengas el poder que tengas. No me sentí proclive a inmortalizar con mi cámara el despliegue tan espectacular de sarcófagos, no sea que un día de estos se me aparezca algún espíritu, no hay que provocar. Al salir se encuentra uno, cruzando la calle, con un campo situado al otro lado del sucio y maloliente río Spree, cuyas negras aguas pareciesen detenidas para siempre, vamos que no hay forma de saber hacía donde fluyen, si es que lo hacen; en ese amplio terreno, que no sé en lo que acabará, estuvo el edificio de la KGB, albergue famoso de un más que importante nido de espías. En Berlín también se puede comer caro si te lo propones, puedes hacerlo, si reservas, en el restaurante de moda llamado Borchardt. Te recomiendo que pidas Wiener schnitzel (escalope de Viena) y, si lo deseas, te hago saber que se puede fumar sin problemas en toda la planta que da a la calle. Cerca de él, casi al lado, está la Plaza de los Gendarmes, de gran belleza, que alberga dos iglesias casi gemelas, una francesa y otra alemana. Este lugar lo visité ya de noche, el último día, camino del restaurante, y lo peor, lo único que me puede pedir regresar alguna vez, es que justo allí, a un lado, me encontré de bruces con una librería anticuaria que exponía maravillosos libros a precios muy asequibles. Bueno, también me quedó pena de no haber hecho una excursión en el célebre autobús de la línea 100, acomodado en los ventanales de la primera fila del piso superior. ¡Ah!, casi me olvidaba, también me acerqué a través de

la Tauentzienstrasse hasta la proximidad de la torre desmochada de la Kaiser-Wilhelm Gedächtniskirche, que los berlineses llaman “la muela picada”, a la que han añadido un tremendo pegote hexagonal, un campanario más feo que la fealdad misma. Solo me queda asegurar que para gastar la noche, si todavía te restan fuerzas, todos recomiendan acudir al Felix, donde, como es lógico, las chicas se pasan fácilmente, de altas.